

TERCERA PARTE.

I.

QUÉ ES LO QUE IMPIDE Á LOS PROTESTANTES HONRADOS HACERSE CATÓLICOS.

La ignorancia de la doctrina católica. He aquí lo que impide la conversion de la mayor parte de los protestantes de buena fé.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanto mas fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educacion toda las ha desarrollado, y nunca han racionado acerca de ellas. Con la mayor buena fé del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religion católica como una escuela de supersticion; su santa autoridad, como una tiranía y una usurpacion puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que cree ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, despues de sus controversias con los mas célebres ministros protestantes de su tiempo, se habia convencido de que el mas formal, por no decir el único obstáculo para la conversion de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposicion de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedáronse estos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposicion al exámen de la Santa Sede y de casi todos los Obispos de Francia; y la segunda edicion de su obra, apareció revestida de la aprobacion del Sumo Pontífice, á la cual se agregaba la de cuarenta ó cincuenta Obispos. No fué necesario mas para que entrasen en la comunión católica el famoso Turena, hasta entonces protestante; y el marqués de Dangeau, nieto de aquel Duplessis Mornay, que por sobrenombre habia sido llamado "El Papa de los hugonotes." Con estos se convirtieron otros muchos personajes distinguidos.

Pasa de todos los límites la ignorancia de los protestantes respecto á la enseñanza católica.

Casi todos ellos afirman que nosotros adoramos á la Virgen, que la vemos como una Diosa, y que le atribuimos la omnipotencia divina. Muchos de ellos nos acusan de *adorar* al Papa, de vender el cuerpo y sangre de Cristo, de tener una tarifa para la absolucion de los pecados y de admitir otros absurdos, que les deberia á ellos dar vergüenza de imputar á hombres razonables é instruidos.

El mejor libro que se puede poner en manos de un protestante, es el que se pone en las de los niños: el *Catecismo católico*.

II.

DE LAS ADORACIONES IDOLÁTRICAS QUE LOS PROTESTANTES ATRIBUYEN Á LOS CATÓLICOS.

“Los católicos adoran á la criatura en lugar del Criador.” Esta es una acusacion familiar, que sin cesar se repite en los púlpitos, en los folletos y en los periódicos protestantes. Bien puede decirseles una y cien veces, que los católicos no adoran como Dios, mas que á Dios. De nada sirve eso, nada les convence; y nosotros somos á los ojos de esos señores unos idolatras, ni mas ni menos que los Hotentotes y los Cochinchinos, segun el fallo que pronuncian y ejecutorian por sí y ante sí los protestantes.

Sin embargo volvamos á decirlo. Nosotros adoramos como Dios, solo á Dios. Adoramos á Nuestro Señor Jesucristo, porque es Dios. A la Santísima Virgen y á los Santos, los honramos, los veneramos y hacemos lo que es debido á la Madre y á los amigos de Dios. Les pedimos que pidan por nosotros, en razon de que sus oraciones son mas puras y mas agradables á Dios que las nuestras. ¿Qué cosa mas sencilla? Verdaderamente se necesita tener un talento contrahecho, para encontrar en eso un motivo de condenar á la Iglesia.

Respecto á la acusacion que nos hacen algunos sectarios, mas ignorantes que malévolos, de *adorar* al Papa, ella es tan estravagante, que no merece respuesta.

Ellos se esfuerzan por interpretar como una adoracion todas nuestras genuflexiones. En esto no hay buen sentido. Nosotros nos ponemos de rodillas, para que la humilde postura de nuestro cuerpo, influyendo sobre el alma, la disponga á orar con mayor recogimiento y con un respeto mas profundo. ¿Quién ignora lo que el cuerpo influye en el espíritu?

Ademas es natural que un corazon penetrado de respeto, de humildad y de penitencia incline al cuerpo á humillarse y á participar, en su manera, del culto que rinde el espíritu.

Por eso es que nos arrodillamos con gusto,

no solamente en la presencia del Señor, sino tambien delante de las imágenes de su Santísima Madre, venerando en ellas á su original; como tambien delante de la Santa Cruz, de las reliquias de los mártires y de las imágenes de todos los Santos, cuyo culto, no es tributado á la materia de que están hechas, sino que se refiere á sus originales. Dios no prohíbe en su ley venerar las imágenes de los Santos, con este culto subalterno y relativo, que se llama de dulia. Lo que prohíbe es tributarles el culto supremo de latria, que es la verdadera y soberana adoracion, propia esclusivamente de Dios. (*) ¿Cuál es el católico que confunde con Dios, á María ó á los Santos, y menos á sus imágenes y reliquias?

Arrodillémonos, pues, con un humilde amor delante de los venerandos objetos del culto verdadero del verdadero Dios; y tributemos este homenaje de respeto tambien al Vicario de Jesucristo, á los Obispos y á los sacerdotes, para

(*) Los protestantes tienen siempre en los labios el testo de Moisés: *No harás imágenes de escultura*; pero es raro que no trunquen el testo, que se completa diciendo: *para adorarlas*. Nosotros no las adoramos, como los Israelitas no adoraban los dos querubines de oro macizo; que el mismo Moisés, por órden del mismo Dios, puso á los lados del arca de la alianza.

recibir mejor sus santas bendiciones; las cuales no son del hombre sino del mismo Jesucristo, que reside en su Vicario y en sus ministros, y que por medio de ellos bendice, ilustra y santifica al mundo.

III.

UNA PALABRA SOBRE LOS FOLLETOS Y HOJAS SUELTAS DE LOS PROTESTANTES.

Los folletos con que las sociedades bíblicas inundan los países católicos, son de dos clases. Los unos, cuyo número es el mayor, son historietas insignificantes, de una religiosidad insulsa y mal cocida; en las cuales se presentan siempre algunas gentes que se convierten á la sola vista de la Biblia, buenas mujeres que mueren santamente sin sacramentos y sin sacerdote que las asista; ó algun pastor protestante virtuoso y tolerante, de lenguaje almibarado y bíblico; ó alguna piadosa dama, ardiendo en celo evangélico, que recorre las cabañas para consolar á los pobres con leerles la Biblia. En los opúsculos cuyo argumento es alguno de los citados, no se ataca de frente á la Iglesia católica. El peligro de esta clase de folletos es todo negativo, pues consiste en falsificar las ideas de los lectores, representándoles como objeto de

admiración é imitación, los ejemplos de una pretendida religion, opuesta al verdadero cristianismo. El silencio mismo que se guarda en esos opúsculos acerca de la Iglesia católica, es un ataque péfido. Ese silencio calculado, que se quiere calificar de moderación, es hostil y no pacífico. Con él se procura enseñar al pueblo á ver con indiferencia á la Iglesia, dejándola fuera de la vida comun. Felizmente esas historietas están tan mal escritas, que son mortalmente fastidiosas, de lo cual es necesario dar gracias á Dios.

Los folletos de la segunda clase, cuya distribución se hace con precauciones, atacan de frente á la Iglesia; y su contenido, la mayor parte de las veces, son diatribas violentas contra lo mas venerable y sagrado de la religion. Calumnias impudentes contra el clero católico, blasfemias contra la Santísima Madre de Dios y mentiras tan groseras y tan odiosas, que es imposible atribuir las á sola la ignorancia; he aquí el contenido de esta segunda clase de folletos protestantes, que algunas veces, para mejor engañar á los simples, llevan un título católico y aun tienen en la portada alguna imagen de la Bienaventurada Virgen, como lo advertia en una pastoral reciente el señor Obispo de Strasburgo.

Tienen los protestantes por obra pia la dis-

tribucion de estos folletos; y las sectas, entre sí divididas, la hacen en comun. Cada año toma esta propaganda mayores incrementos. En 1856 una sociedad protestante llamada de los *Tratados religiosos* de Paris, hizo imprimir un millon y veintiocho mil ejemplares de folletos; y en 1857 la misma sociedad aumentó el número de estos, dando á luz un millon y quinientos mil ejemplares. Otra sociedad establecida en Tolosa, se jactaba en 1856 de haber esparcido *veintidos millones* de libros de esta clase, desde su fundacion. Los propagandistas que antes iban á pasos lentos, ahora se dan priesa, multiplicándose y transformándose. El bello sexo protestante toma una parte cada dia mas activa en esta propaganda; y los wagones se llenan de esta especie de *Evangelistas* con miriñaques, que llevan las bolsas, los sacos de noche y hasta las cajas de sus sombreros llenos de esos folletos, compuestos por sus ministros respectivos. Esas damas parten para la Cruzada, resueltas á destruir el imperio de la supersticion; y para conseguir su objeto ofrecen sus papeluchos, los distribuyen, los lanzan, los imponen, los deponen, los meten entre las persianas, los deslizan por las rendijas de las puertas, los fijan con alfileres en las cercas de los caminos y en el tronco de los árboles.

Este género de apostolado no es nuevo; Lu-

tero no lo despreciaba. Su génio no menos astuto que brutal, fabricaba el libelo difamatorio, para el cual era maestro, añadiéndole la caricatura. Su querido discípulo, el *evangélico* Melancluton, le ayudaba en este trabajo vergonzoso, en el cual se ocupaban los dos con esmero. Aquellos libelos y aquellas caricaturas *de tan santo origen*, eran obscenos hasta causar náusea. En la actualidad se procura encubrir un poco en los folletos de los protestantes, ciertos objetos escabrosos en que se entretenía Lutero, porque hácia allá le arrastraba su natural; pero con todo, no son tan limpios que digamos los papeluchos que las *piadosas* viajeras, agentes de las sectas, se encarnizan en distribuir. Creamos sin embargo, por caridad que ellas no los leen todos.

A nosotros los católicos, nos corresponde oponer á esa propaganda las buenas lecturas. ¡Quiera el cielo que el ardor de los protestantes, reanimando nuestro celo por la difusion de los buenos libros católicos, ceda en mayor gloria de Dios!

IV.

DE CÓMO CIERTOS FOLLETISTAS PROTESTANTES,
TENDRIAN GRAN NECESIDAD DE APRENDER
EL ARTE DE VERIFICAR LAS FECHAS.

Entre los folletos protestantes que abiertamente atacan al Catolicismo, hay algunos cuyos autores pretenden confundir para siempre á la Iglesia católica, convenciéndola de innovacion; y para eso citan la *fecha precisa y absolutamente verídica*, en que fué *inventado* cada uno de los dogmas que ella enseña.

No seria tan torpe esta maniobra, si los *sábios* ministros protestantes, autores de tales papeluchos, se tomaran siquiera el trabajo de entenderse entre sí antes de dirigirse al público. Por falta de esa precaucion ellos se esponen á contradecirse el uno al otro, lo cual es cosa de mal gusto y de peor efecto, para el objeto que se proponen. Como las fechas que indican son por una y otra parte tomadas al acaso, seria un verdadero milagro que concordaran entre sí; á menos, como he dicho, de que préviamente convinieran los protestantes en elegir la una ó la otra. Tengo á la mano dos de esas cronologías. La una publicada en Inglaterra, tiene por título: "*Fechas de las adiciones de nuevas doctri-*

nas por la Iglesia de Roma; Balington, Bolton, Horncastle;" y la otra dada á luz en Angers, por el gracioso pastor protestante Puaux, se titula: "*Fées de Bautismo.*" Pues bien, véase la perfecta concordancia de estos dos historiadores de buena fé.

<i>Fechas fabricadas por el anónimo inglés.</i>	<i>Fechas fabricadas por el pastor protes- tante francés.</i>
---	---

Invocacion de los Santos, inventada en el año	700	Culto de los Santos, inventado en el año	375
Supremacia del Papa en	1215	Primado del Papa en	600
Libros apócrifos en	1547	Libros apócrifos en	1564
Los siete sacramentos en	1547	Los siete sacramentos en	1160

Así es lo demas. *Mentita est iniquitas sibi.* La iniquidad se mintió á sí misma.

Aparte de la cronología de Puaux, hay ciertas fechas que los protestantes señalan con bastante uniformidad, á la pretendida *invencion* de algunos de nuestros dogmas, ó de algunas de nuestras prácticas religiosas.

Por ejemplo para la confesion, que ha sido para ellos siempre un cáustico; fijan los protestantes; con tono de triunfo, el año de 1215. Recientemente, para la Inmaculada Concepcion, señalan el año 1854. Estas fechas nos las presentan con aire de vencedores, gritándonos: "Así se hacen vuestros dogmas." No hay cosa mas limitada y al mismo tiempo mas impertinente que la semiciencia. Los protestantes verdaderamente instruidos, se guardan bien de aventurar semejantes necedades, pues saben ellos tan bien como nosotros, que en 1215, el Papa Inocencio III no hizo otra cosa, en el Concilio de Letran, que reglamentar el uso anual del Sacramento de la Penitencia, instituido por Nuestro Señor Jesucristo y practicado desde el origen de la Iglesia. Saben ellos igualmente, que el 8 de Diciembre de 1854, el Sumo Pontífice Pio IX no ha *inventado*, de ninguna manera la doctrina de que la Madre de Dios fué exenta del pecado original; sino que simplemente ha proclamado y hecho obligatoria, como punto de fé, esta doctrina antigua y muy antigua en la Iglesia. Antes de la declaracion pontificia de 1854, la creencia en la Inmaculada Concepcion, existia como existe ahora, una vez que se celebraba la fiesta de este misterio en todo el orbe católico; solamente que no habia sido *definida oficialmente*, por lo que se podia

uno engañar sobre este punto sin hacerse hereje, como les ha sucedido á muchos hombres grandes por su talento y aun á algunos Santos, los cuales sin embargo profesaban á la Santísima Virgen María un amor profundo.

Decir que Pio IX ha inventado el dogma de la Inmaculada Concepcion é Inocencio III el de la confesion, seria como decir que el Concilio de Nicea inventó el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Divinidad del Verbo; cuando en el año 325 *definió* contra Arrio, estas dos grandes verdades. Antes del Concilio de Nicea, la Iglesia creia en la Santísima Trinidad y en la Encarnacion del Hijo de Dios; así como antes del Concilio de Letran, profesaba y practicaba el Sacramento de la Penitencia; y así como tambien, antes del 8 de Diciembre de 1854, creia y honraba la Inmaculada Concepcion de la augusta Madre de Dios.

Los dogmas católicos son la verdad religiosa. Ahora bien, la verdad no se fabrica; ella *existe*, es eterna é inmutable. La Iglesia es la depositaria de esta verdad; y ella, guiada por su Divina Cabeza, que es Nuestro Señor Jesucristo, proclama como puntos de fé las creencias, á medida que los novadores se atreven á negarlas, ó bien cuando lo cree útil para la santificacion de los fieles.

V.

LA TOLERANCIA DE LOS PROTESTANTES.

Entre las preocupaciones vulgarizadas en el mundo, hay una bastante comun, no solamente entre los protestantes, sino tambien entre algunos que son católicos á medias. "Si la reforma ha causado males, suelen decir algunos: si ella ha hecho correr mucha sangre, si ha demoralizado países enteros; á lo menos ella ha importado en el mundo un bien inapreciable, que es la *tolerancia religiosa*."

Nada mas falso, nada menos fundado que esta preocupacion histórica. Donde quiera que domina el protestantismo, él es intolerante y perseguidor. Sin duda no lo es en todas partes en el mismo grado; pero ¿por qué es eso? Porque no en todas partes tiene el mismo poder. Por fortuna el protestantismo no puede siempre lo que quiere. Para perseguir no basta querer, es necesario poder; pero hágasele siempre esta justicia de decir que en cuanto á intolerancia, él hace lo que puede.

Donde quiera que se ha introducido la llamada Reforma, lo ha hecho violentamente; y

sus primeros frutos en Alemania, en Ginebra, en Inglaterra y en Suecia, han sido invariablemente la guerra civil, las proscripciones y las muertes. Eso se comprende, por ser cosa muy sencilla. El protestantismo es una revolucion; y toda revolucion es tiránica y revolucionaria por naturaleza.

Una vez establecido el protestantismo, él se ha conservado á merced de las mismas violencias. Todos saben lo que es el protestantismo inglés respecto á los católicos, las leyes sangrientas que contra estos dió y ejecutó, y el despotismo feroz con que aun oprime todavía á la fiel y desventurada Irlanda.

Un historiador inglés *protestante*, Guillermo Cobbet, se vió obligado por su conciencia, á dar contra la Iglesia herética nacional, este terrible testimonio: "Esa Iglesia, dice el historiador citado, la mas intolerante que ha existido, se dejó ver en el mundo armada de cuchillos, hachas é instrumentos de suplicio. Sus primeros pasos quedaron marcados con la sangre de sus innumerables víctimas, mientras que sus brazos no podian ya con el peso de los bienes que habia arrebatado." Este autor cita las actas oficiales del Parlamento, para comprobar que en consecuencia de las hogueras encendidas y de los cadalsos levantados contra los católicos, la poblacion de Inglaterra fué diezmada en menos

de seis años. PENA DE MUERTE era pronunciada, y desapiadadamente ejecutada, contra todo sacerdote católico que entraba en el reino, ó á quien se convencia de haber celebrado misa. PENA DE MUERTE contra cualquiera que se atrevia á dar asilo á un sacerdote. PENA DE MUERTE contra cualquiera que rehusaba reconocer que la reina Isabel era la cabeza de la Iglesia de Jesucristo. Una fuerte multa estaba decretada contra todo ciudadano que no asistia á los oficios protestantes. "La lista de personas condenadas á muerte y ejecutadas por el único *crimen* de ser católicas, (son palabras testuales del historiador protestante), formaria una lista diez veces mas larga que la de nuestro ejército y la de nuestra marina reunidas. La Iglesia protestante de Inglaterra, llamada anglicana, no ha cambiado de carácter desde el dia de su establecimiento hasta nuestros dias. En Irlanda sus atrocidades han superado á las de Mahoma; y seria necesario escribir un tomo, para referir sus actos de intolerancia." (*)

De la misma manera intentó el Calvinismo introducirse en Francia. Durante mas de un siglo la historia de aquella nacion no habla sino

(*) Carta de Sir William Cobbet á Lord Tenderden, gefe de la justicia inglesa, que habia alabado la tolerancia del protestantismo inglés en pleno Parlamento.

de rebeliones, sediciones y saqueos cometidos por los hugonotes, donde quiera que penetraba su doctrina. Todo aquel período no es mas que un tejido de desórdenes, perfidias y crueldades; pero no hay que estrañarlos una vez que Calvino predicaba en alta voz, que era preciso derribar á los reyes y á los príncipes que no querian abrazar el protestantismo, *escupiéndoles á la cara mas bien que obedecerlos*. Bajo las órdenes de Coligny, los calvinistas revolucionarios formaron el proyecto de arrebatar de su palacio al rey de Francia, que á la sazón era un niño; mas como dieran el golpe en falso, se apoderaron de Orleans y devastaron las márgenes del Loira, la Normandia, la Isla de Francia y particularmente el Langüedoc, donde cometieron las crueldades y profanaciones mas odiosas. En Montauban, en Castres, en Beziers, en Nimes y en Montpellier, esos grandes predicadores de la tolerancia y de la libertad de conciencia, prohibieron bajo las penas mas rigurosas, todo ejercicio del culto católico. Todo el mundo conoce á aquel famoso baron des Adrets, gefe calvinista, que habiendo tomado á Montbrison, se dió á sí mismo el inocente placer de hacer saltar desde lo alto de una torre, lo que quedaba de la guarnicion hecha prisionera. Pues, poco mas ó menos, tal fué el tratamiento que los protestantes hicieron sufrir á

todas las ciudades que cayeron en su poder. Profanacion de Iglesias, robo de vasos sagrados, muerte ó lanzamiento de sacerdotes y religiosos, atrocidades las mas bárbaras, unidas á los mas abominables sacrilegios, he aquí la conducta de los *tolerantes* herejes. Estos son hechos históricos que nadie niega, ni aun los protestantes; los cuales sin embargo dejan escapar algunas veces espresiones imprudentes, manifestando deseo de que vuelvan aquellos tiempos *dichosos* del protestantismo francés.

No se podrian leer sin horror las atrocidades cometidas por los holandeses, para estender el protestantismo en los Países Bajos; y particularmente los tormentos y suplicios á que recurrió el *celo religioso* de los enviados del príncipe de Orange, llamados Lamark y Sonoí. Este último era maestro consumado en el arte de atormentar los cuerpos, para perder las almas. He aquí la descripcion que nos ha dejado una pluma protestante y holandesa, de los medios empleados por aquel tigre, para martirizar á los católicos, fieles á su religion. "Los procedimientos ordinarios de la tortura mas cruel, escribe Kerroux, no fueron sino los tormentos menores que se hicieron sufrir á aquellos inocentes. Sus miembros dislocados, sus cuerpos hechos pedazos á azotes, eran de seguida envueltos en sábanas empapadas en aguardiente,

á las cuales se daba fuego; y en ese estado se dejaban hasta que ennegrecida y crispada la carne, quedasen desnudos los nervios en todas las partes del cuerpo. Frecuentemente se empleaba hasta media libra de azufre, para quemar los sobacos y las plantas de los piés. Así martirizados se les dejaba muchas noches seguidas, tendidos en el suelo sin cubierta; y á fuerza de golpes, se alejaba de ellos el sueño. Por todo alimento se les daban arenques y otros alimentos de esa especie, propios para encender en sus entrañas una sed voraz, sin suministrarles ni un solo vaso de agua, por mas que sufriesen en este suplicio. Se les aplicaban abejones sobre los ombligos. No era raro que se enviase al servicio de aquel espantoso tribunal cierto número de ratones, que se ponian sobre el pecho y el vientre de aquellos desgraciados, bajo un instrumento de piedra ó de madera labrado para este uso y cubierto de combustibles. A estos se les daba fuego de seguida, forzando de este modo á los animalejos, para que devorasen las carnes de la víctima, abriéndose paso hasta su corazon y sus entrañas. Despues se cauterizaba aquellas llagas con carbones encendidos, ó bien se derramaba grasa derretida sobre los miembros ensangrentados. Otros horrores, aun mas chocantes, fueron inventados y puestos en ejecucion con una sangre fria, de la cual ape-

nas se podria hallar ejemplos entre los canibales, pero la decencia nos impide continuar." (*)

Lo que la *tolerancia* protestante hizo en Inglaterra, y lo que ha querido hacer en Francia y en Holanda, lo hace todavía en Suecia. Allá tambien se estableció la *Reforma* con violencia y sangre; y las leyes religiosas conservan aun en aquel país toda la barbarie que puede sufrir nuestro siglo. En este mismo año en que escribo, acaban de ser condenadas seis familias al destierro y al despojo de todos sus bienes, únicamente por haber abrazado la fé católica. En Noruega, en Dinamarca, en Prusia, en Ginebra y donde quiera que domina el protestantismo, él se muestra enemigo encarnizado y ciego destructor de los católicos. Como allá está á sus anchas, no se cuida de ocultar lo que es, con precauciones hipócritas; las cuales son las que le dán en Francia una apariencia de moderacion. Allá dice él altamente lo que quiere y lo que espera. En el Sínodo protestante de Bremen, el señor Sander, pastor herético de Elbelfed, esclamaba hablando del Papa y de los religiosos de la Compañía de Jesus: "Las autoridades protestantes no deben tolerar que

(*) Compendio de la historia de Holanda por Mr. Kerroux, tomo II, pág. 313.

existan. Menos aun deben soportar que sean libres.”

En Ginebra los protestantes, envidiosos de los progresos del Catolicismo, han formado de comun acuerdo una asociacion, en la cual contraen el compromiso de no comprar nada á los católicos, y de no emplearlos en ningun trabajo para reducirlos así á la miseria; y ademas de obrar de suerte que solos los protestantes obtengan los cargos y empleos.

¡¡Todo esto se hace por hombres que reclaman con indignacion la libertad de cultos en los países en que forman una imperceptible minoria: por hombres á quienes no se caen de la boca las palabras de libertad de conciencia, de caridad cristiana, de religion, de paz y de amor: por hombres, en fin, que ya no creen en Jesucristo; y entre los cuales hay libertad para ser incrédulo, panteista ó ateo, pero no para ser católico!!!

VI.

LA INTOLERANCIA CATÓLICA.

Ya hemos visto lo que es la pretendida tolerancia de los protestantes. Véamos ahora qué vale esa acusacion trivial de intolerancia, que ciertas personas dirigen contra la Iglesia cató-

lica. Esta acusacion entraña una verdad y una mentira.

La Iglesia es intolerante en materia de doctrina. Esto es cierto; y no solamente lo confesamos, sino que nos gloriamos de ello. La verdad es intolerante por naturaleza. En religion, como en matemáticas, lo que es verdad, es verdad; lo que es falso, es falso. Es imposible que haya concesiones mútuas entre la verdad y el error. En esto no cabe compromiso ni transaccion. Por poco que se cediese de la verdad, esta seria inmediatamente destruida. Dos y dos son cuatro: esto es lo que se llama una *verdad*. El que diga otra cosa miente, sea por exceso ó por defecto. El error siempre es error, aunque uno no se engañase sino en una milésima ó millonésima parte. Siempre se estará fuera de la verdad, cuando teniendo dos y dos, se diga que no son cuatro.

La Iglesia es depositaria y maestra en el mundo, de verdades tan ciertas como las verdades matemáticas; con la única diferencia de que las consecuencias de las verdades católicas, son infinitamente mas importantes que las de las verdades matemáticas. La Iglesia propone y defiende sus verdades con tanta intolerancia, como la ciencia de las matemáticas enseña las suyas. ¿Qué cosa mas legítima? La Iglesia católica es la única entre las diferentes sectas

llamadas cristianas, que proclama estar en posesion de la verdad absoluta, como lo está en efecto, añadiendo que fuera de ella no hay verdadero cristianismo; y así ella sola puede ser; ella sola debe ser intolerante en materia de doctrina. Unicamente ella puede y debe decir, como ha dicho hace 18 siglos en sus Concilios: "Si alguno piensa ó enseña, en contradiccion de mi doctrina, que es la verdad, *sea anatema.*"

Pero Nuestro Señor Jesucristo que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado tambien su espíritu de caridad y paciencia. Intolerante en materia de doctrina, ella no transige con el error, pero es misericordiosa para con las personas que le cometen; y nunca ha empleado los medios legítimos de rigor, sino despues de haber intentado todos los recursos de la dulzura y de la persuasion.

Ella no ha herido jamas, sino en la última estremidad; y nunca ha castigado, sino á los incorregibles. Entonces ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas fieles, para poner fin á los escándalos y para llenar el gran deber de la justicia, el cual no es menos divino que el de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hácia las personas como en su intolerancia hácia los errores, la Iglesia imita fielmente á su esposo y á su Dios, á Nuestro Se-

ñor Jesucristo, que es la verdad misma, que es la misericordia, pero tambien es la justicia.

Las mentiras de los historiadores anti-católicos sobre las pretendidas barbaries de la Iglesia en la edad media, cada dia caen en mayor descrédito, gracias á los trabajos concienzudos de una nueva generacion de historiadores, mas imparciales que sus predecesores. "Para poder vivir, el protestantismo tuvo que forjar una historia á su modo," decia el célebre historiador Thierry, poco sospechoso, como es sabido, de favorecer á la Iglesia.

Aun los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen algunas veces á declarar contra aquellas viejas calumnias, contra aquellas culpables exageraciones y contra aquellas insinuaciones pérfidas, de que están llenos los libros de historia. "Hace tres siglos, ha dicho el conde de Maistre, que la historia ha sido una conspiracion permanente contra la verdad."